

ÍNDICE

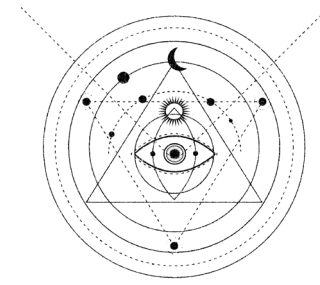
NEGORITH.....7

MATERIAL EXTRA:

RELATO INÉDITO *LA CAÍDA*.....259

**EL BESTIARIO DE LAS SOMBRAS
LOS APUNTES DE ABRAHAM DE GREY265**

*Para Ian y Tamy
Siempre y todo.*



■ ■ ■ EL HOMBRE DE LA MALETA

y el chico sin brazo caminaban con cierta prisa porque llovía y no tenían paraguas, y aunque vieron de lejos al tipo que los esperaba, ninguno de los dos hizo ademán de saludarlo.

—Tiene pinta de gilipollas —dijo el chico.

—No juzgues a la gente sólo por lo que ves. Por dentro puede ser muy diferente —contestó el hombre de la maleta.

—Me juego lo que quieras a que antes de diez minutos nos dice que no cree en fantasmas —murmuró el chico.

—Vale, chaval. Si tarda menos, pago la cena; si tarda más, pagas tú. —El hombre le tendió la mano y el chico se la chocó sin aminorar la marcha.

Sonrieron. Hacía dos años que se conocían, pero ambos tenían la sensación de haber pasado una vida juntos.

El hombre de la maleta era un viejo que cojeaba de la pierna izquierda e iba embutido en un traje y un chaquetón raídos. El chico sin brazo era un adolescente delgado de pelo largo y descuidado que vestía emulando a los Ramones y llevaba un cinturón con una cadena rematada por una ristra de llaves que tintineaban en su bolsillo.

—¿Te has tomado la pastilla antes de salir? —El chico sin brazo lo miró con gesto serio.

—Sí... Creo que sí —dijo el hombre, dudando, mientras se palpaba la chaqueta.

El chico le rebuscó en los bolsillos, sacó un blíster de pastillas donde cada día estaba marcado con su nombre y comprobó que la de aquel lunes lluvioso seguía dentro del precinto.

—Pues parece que no. Te olvidas mucho, y no es mi corazón el que falla —le recriminó el chico.

El hombre de la maleta se tragó la pastilla en seco, le dirigió una sonrisa forzada e hizo gesto de que siguieran caminando.

Alfred, el tipo que los esperaba, también los había visto un par de minutos antes, pero hasta que estuvieron a unos pocos metros

no dio a entender que los había reconocido. Cuando los tuvo delante y sus miradas se encontraron, se fijó en que los ojos del hombre de la maleta parecían un desierto. Era como si no hubiera nada al otro lado. Y el chico... ¿por qué sonreía de esa forma?

—Hola. ¿Es usted Alfred? —El hombre de la maleta le tendió la mano.

—Sí. —Tras estrechar aquella mano por apenas un segundo e ignorar el intento del chico de hacer lo mismo, Alfred se apartó para dejarlo pasar—. Soy el subdirector de esta oficina.

—Yo soy Abraham De Grey. —Se volvió y señaló al chico sin brazo—. Este es Half, mi ayudante.

—Ah, hola. —Apenas dirigió una mirada a Half antes de volver a ignorarlo. Los jóvenes le provocaban una mezcla de asco y miedo—. Menuda noche, ¿no cree? —Alfred cerró la puerta tras echar un último vistazo al exterior.

Abraham sonrió mientras asentía, y en ese momento el vacío de sus ojos se llenó de vida. Era sólo un anciano con una maleta mugrienta de cartón que goteaba sobre la moqueta.

—¿Tiene un vaso de agua? Es para él. —El chico señaló al anciano—. Es que se acaba de tomar la medicación y...

Alfred sonrió y le señaló la pequeña fuente con vasitos de papel que usaban los empleados. Half llenó un vaso y se lo entregó a Abraham, que bebió sin rechistar.

Alfred los miró con desagrado. ¿A quién se le había podido ocurrir la brillante idea de llamarlos? ¿Era necesario aquello? Si la chica de recepción no hubiera insistido tanto, ahora no tendría que estar pasando aquella espantosa sensación de vergüenza ajena. El viejo parecía casi senil, y el chico, un delincuente en potencia.

Les hizo un gesto para que lo acompañaran.

—¿Desde cuándo se dedican ustedes a...?

—Ya ni me acuerdo, desde hace muchos años. —El hombre de la maleta observaba las paredes del lugar; casi parecía un mendigo desorientado con aquella ropa vieja y raída. Dejó el vaso en una mesa y siguió a Alfred.

—Yo hace dos años —dijo el chico—, soy un novato. ¿Qué es este sitio?

Los pasillos mal iluminados se fueron sucediendo mientras los tres hombres penetraban en las tripas del edificio.

—Es la oficina de cartas perdidas. Por llamarlo de alguna forma.

—¿Cartas perdidas? —Abraham pareció sorprendido.

—Es una broma de los chavales. —El subdirector señaló en varias direcciones, como si los chavales florecieran por las paredes de aquel lugar. Al ver que el hombre de la maleta seguía esperando alguna explicación, se alisó un poco la camisa azul, remetiéndolo los rebordes por el pantalón—. Bueno, aquí llega todo el material que no se puede entregar ni devolver, destinos que no existen, cambios de ubicación, gente muerta. Ya sabe. Es como una oficina de objetos perdidos, sólo que en este caso son cartas y paquetes.

—¿Y qué hacen con todo eso? —preguntó el chico.

—Primero se separa lo comercial, que pasa a la zona de reciclado —dijo Alfred—. Y lo demás se abre y se revisa; a veces hay cosas que no pueden eliminarse...

—Cosas de valor —terminó Half.

—Sí. Obras de arte, tecnología, material biológico, o dinero, cheques, testamentos, bonos. Cosas así. La oficina no puede permitirse el lujo de destruir un cuadro famoso, o un testamento, o unas muestras biológicas peligrosas. No saben la de cosas raras que la gente llega a enviar. ¡Una vez encontramos una momia disecada! —Alfred lo dijo ofendido.

—¡Una momia! ¡Mola! —El chico sonrió. Cosa que ponía nervioso al subdirector. Cosa que alegraba a Half.

Alfred se fijó en que la maleta empapada del anciano goteaba y se estaba formando un diminuto charco de color oscuro en el suelo. Sacó una caja de antiácidos del bolsillo del pantalón y se tomó dos tabletas en seco.

—¿Qué...? —Observó el pasillo por donde habían venido; una fila de gotas negruzcas ensuciaba el suelo, marcando el camino recorrido.

—Oh, disculpe. —El viejo sacó un pañuelo y trató de secar los bordes de la ajada maleta, ensuciando el pañuelo con manchas del mismo color—. Es vieja, y los bordes se destiñen... Los pinto con alcanfor, pero a veces... La lluvia, ya sabe.

Alfred le devolvió una sonrisa forzada que indicaba que no sabía. No estaba ni rematadamente cerca de saber. Ni a una galaxia de distancia de entenderlo.

Se mantuvieron en silencio hasta llegar al ascensor. Alfred se sentía irritado por el sonriente chico sin brazo e intimidado por el hombre de la maleta, que seguía tratando de evitar que esta gotease. Volvió a meterse la camisa por dentro del pantalón y se ajustó la corbata, después deslizó la mano en el bolsillo y sobó obsesivamente la caja de antiácidos. ¿Cuántos había tomado ya? ¿Cuatro? ¿Seis? No conseguía recordarlo, pero la úlcera estaba en pie de guerra.

Durante unos segundos suspiró, incomodo. Finalmente explotó:

—Yo no creo en fantasmas, ¿sabe?

—Me parece estupendo —contestó Abraham mirando de reojo a Half, que echó un vistazo a su reloj y le devolvió un gesto triunfal a espaldas de Alfred—. Nadie ha dicho que lo que hay aquí, si es que hay algo, sea un fantasma. Puede tratarse de cualquier cosa.

—Yo no creo en nada sobrenatural —continuó el subdirector—, quiero que lo sepan; sólo lo hago por los chavales. Ya sabe... —Half hizo un gesto señalando en todas direcciones con la mano, tal cual había hecho el subdirector antes, y este asintió sin captar la ironía—. Exacto. Y no suelo bajar al sótano nunca, soy subdirector y tengo mi despacho ahí detrás. —Señaló una puerta a unos metros de distancia, como si el hecho de ser subdirector implicara algún tipo de título nobiliario que le impidiera a uno bajar escaleras—. Pero...

—Siempre hay un «pero», señor subdirector —dijo el hombre de la maleta.

—No me malinterprete. No creo en fantasmas, pero creo en gente que se droga y viene a trabajar, o que viene a trabajar y se droga aquí. —Señaló el suelo—. Y luego creen ver cosas. En eso creo, y en la incultura.

—Importante creer en la incultura. —Half puso cara de seriedad fingida al decirlo.

—Sin duda, la incultura genera... —Alfred señaló al hombre la maleta.

—¿Gente como nosotros? —dijo Abraham.

—No. —Alfred retiró la mano como si el anciano le hubiera soltado una descarga en el dedo con el que apuntaba en su

dirección—. No, no. Genera situaciones como esta. —Volvió a señalar a su alrededor.

—Sinceramente... —El hombre de la maleta se encogió de hombros antes de proseguir—: Todavía no sé qué tipo de situación tenemos. ¿Podría ponerme en antecedentes?

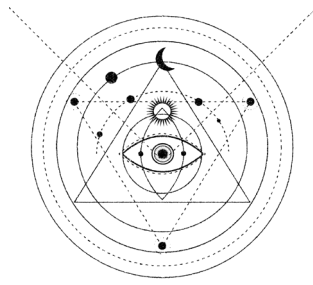
El ascensor llegó. Sin decir nada, el subdirector los hizo pasar, entró tras ellos e introdujo una llave reluciente en una cerradura nueva e impoluta que desentonaba enormemente con el decrepito ascensor. Después pulsó el botón del primer piso.

Las puertas se cerraron con un desagradable chirrido. El hombre de la maleta inspiró profundamente y miró a su alrededor en la cabina diminuta.

—Alguien murió aquí dentro, ¿verdad?

Half asintió mirando al suelo. Con gesto seguro. Sin dudar.

En ese momento, Alfred estuvo a punto de cagarse encima. Literalmente.



⏏ 666 ✎ ⊕ ☾ **HOLA, ERIKA,**

quería contarte un montón de cosas. Decirte lo mucho que te echo de menos.

Esos días que salíamos las dos solas por ahí, al cine, a tomar algo, a poner verdes a mis compañeras de piso. Qué grandes momentos. Qué felicidad.

Pero ya no habrá más días, ni risas, ni nos veremos. Y eso me está comiendo por dentro. Y quería que lo supieras.

Me has hecho mucho daño y me has fallado, porque yo estaba aquí, entre tú y yo ¿qué había? ¿Veinte metros? Podías haber subido, podías haber hablado conmigo.

No sé qué ha pasado, no puedo entenderlo y sé que me quedaré así para siempre, dándole vueltas a esto.

A veces se me hace un nudo en la garganta, y no tengo a nadie a quien contarle lo que me pasa, la gente no lo entendería. El último mes apenas nos veíamos fuera del trabajo, yo aquí arriba y tú en el sótano, yo un horario y tú otro, yo un día de fiesta y tú otro. Todo parecía montado para boicotearnos. ¡Y eso que tú me conseguiste este trabajo!

Pero eso no tiene nada que ver, eras una parte importante de mi vida.

En fin, sólo quiero decirte que te echo de menos.

Sólo eso.

Ah, y que espero que estés bien y que todo te vaya bonito.

Un beso y hasta la próxima.

Gris se quedó mirando la pantalla: el texto y el botón de ENVIAR MENSAJE de Facebook. Respiró hondo. Le costaba meter oxígeno en los pulmones, el nudo... Seguía ahí, no desaparecía. Añadió un «Te quiero» al final de todo y pulsó ENVIAR.

El texto desapareció y quedó en la bandeja de enviados.

Sacó del bolsillo el inhalador para el asma y pegó una buena aspiración hasta que los pulmones se dilataron.

Erika nunca lo leería. Hacía semanas que se había suicidado.

Gris estuvo en su funeral. Lloró al contemplarla allí, al otro lado del cristal. Qué contraste. Tan acostumbrada a verla siempre de negro, con sus pantalones elásticos, sus camisetas de calaveras... Y allí envuelta en un sudario blanco. Rodeada de coronas de flores y crucifijos. «Tus amigos de la escuela de mecánica nunca te olvidarán». Qué tragedia.

Y llevaba días queriendo escribirle algo, unas líneas, una despedida. Lo que acababa de escribir ni siquiera le parecía bueno; de hecho, le parecía una mierda, pero... Era lo que sentía. Sólo eran amigas. Ella quería que fueran algo más. Y sospechaba que Erika también. Pensaba que las cosas habían madurado poco a poco, habían convertido las risas en besos, y eso en algo más. Las dos estaban a gusto en aquella situación. O al menos eso le parecía a ella. Ahora ya no pensaba igual. De hecho, trataba de no pensar en ello para no bloquearse.

Cuando Alfred cambió de sitio a Erika todo fue distinto. Ella cambió. En pocos días se volvió fría. Distante. Otra. No respondía a los mensajes. No contestaba al teléfono.

Y allí estaba. Frases rotas en un perfil que nunca volvería a actualizarse. Pero no había otra forma de despedirse. Trabajaba en la oficina de cartas perdidas; no podía enviarle una carta, porque... Porque seguramente acabaría allí, donde ella la recibiría y tendría que quemarla.

Gris observó el monitor de nuevo.

La foto de Erika en aquel concierto de Iron Maiden sonreía desde la parte izquierda de la pantalla haciendo una peineta al fotógrafo (ella). Un montón de basura, spam e invitaciones a juegos y cosas similares ocupaban el resto de su perfil, junto a su último estado: «Hoy será un gran día, mañana...».

Cinco personas dieron a «Me gusta», y la hermana de Erika le preguntó un escueto «¿Qué dices?». Luego, Loren, una compañera de piso de Gris que también la conocía, se atrevió a escribir un par de días después: «Descansa en paz, melenuda».

Y ahora sólo quedaban treinta y dos amigos en el perfil, Gris incluida. Ningún familiar; demasiado dolor, tal vez. Seguro que sus padres ya habrían solicitado que lo eliminaran. Sus últimas palabras

en la red iban a desaparecer cualquier día y todos mirarían hacia otro lado, aliviados.

La muerte es fea. Es un tema que no gusta, que duele, incluso a través de una aséptica pantalla de ordenador. Que alguien te sonría con picardía desde una imagen, sabiendo que ahora descansa en un ataúd, en un cementerio, dentro de un nicho, descomponiéndose, es obsceno. Nadie quiere recordarlo.

Borrémoslo.

Un angustioso gimoteo le nació en los pulmones y le subió por la garganta. Gris seguía pensando en que algo debió fallar en la cabeza de Erika, algo físico, una hormona. Un defecto. Algo que era ajeno a su amiga.

¡PLINC!

El ascensor llegó a la primera planta, oyó cómo se abrían las puertas. Una sensación helada corrió por sus venas, llegándole hasta el corazón.

Era cierto que escuchaba las puertas abrirse y cerrarse todo el día.

Pero no a esa hora. De dos a tres todo el mundo se iba a comer fuera. Era su momento de relax. Cuando estaba sola en la oficina. Como ahora.

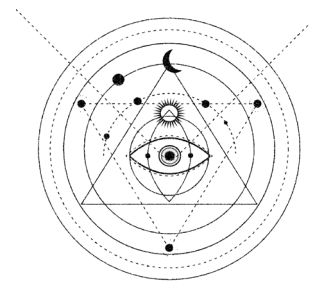
Alguien había vuelto antes de tiempo. Eso era todo. Alfred, seguramente. No le gustaba que se quedara sola. No se fiaba. No fuera a ser que robara material de oficina. Sólo había transigido porque (como sospechaba Gris) se sentía culpable de lo que le pasó a Erika.

Porque a Erika le pasó algo. Erika no hizo algo: le pasó. De eso Gris estaba segura.

Gris se levantó y se encaminó hacia la puerta de su cubículo.

—¿Hola? —No vio cómo su bandeja de mensajes de Facebook indicaba que tenía una respuesta de Erika.

Al cabo de un rato, tampoco le importó demasiado.



«LA HELADERIA DE MALVIN».

Eso decía el rótulo de la puerta; pero desde 1979 la tienda estaba cerrada al público y el polvo y la mugre habían descolorido las letras del cartel hasta dejarlas casi ilegibles.

El propio Malvin entró un día en la tienda, a finales de aquel mismo año, cerró la persiana por dentro y no volvió a salir en mucho tiempo. Un demonio lo había obligado a firmar un papelucho por el cual se comprometía a no crear de nuevo a sus pequeños o sería arrastrado al Entremundo, donde no había carne de la que pudiera nacer nada, y se quedaría allí para siempre.

Decidió que lo único que podía hacer en esas circunstancias era esperar a que pasara algo que hiciera que el riesgo mereciera la pena. Así que se sentó en una silla tras el mostrador de la heladería y esperó.

Y durante los primeros diecinueve años no pasó absolutamente nada. Así que miró la pared fijamente y el polvo se le fue acumulando en la cabeza y los hombros, la silla fue cuarteándose bajo su peso y la ropa se le fue deteriorando encima del cuerpo.

Un día de 1998 sucedió algo: un tipo que olía a cebollas podridas y parecía recién salido de la tumba forzó la cerradura de la persiana, entró en la tienda y le dijo que le traía un presente. Era un teléfono móvil Nokia 3110, y el tipo le dio unas sencillas instrucciones de cómo recibir una llamada o un mensaje en aquel aparato. Malvin le dio las gracias y el visitante se marchó tras cerrar de nuevo la persiana.

Malvin volvió a mirar fijamente la pared hasta que, en 2007, la silla cedió bajo su peso y se cayó al suelo. Recogió los trozos y los llevó a la trastienda, luego volvió al mostrador y comprobó que el teléfono móvil seguía encendido y conectado a la corriente. Después volvió a fijar la vista en la pared, esta vez en pie.

Pero la humanidad, esa enfermedad que lo estaba devorando lentamente, empezó a hacer mella en su determinación. Ya no

podía simplemente dejar pasar el tiempo con la mente en blanco. Las emociones humanas le estaban comiendo terreno, y de repente se descubrió sintiendo nostalgia. Y recordando cosas.

Malvin recordaba sus buenos tiempos, cuando abrió la heladería. La gente pasaba por allí a raudales. Niños sobre todo, porque la heladería estaba situada estratégicamente al lado de un colegio enorme. Y, mientras estuvo abierta, entraban en buen número... Y Malvin los atendía siempre con cariño y atención, y los escuchaba. Y los olía. Y, de vez en cuando, notaba el aroma de los malos sueños. Y entonces los invitaba a pasar a la trastienda. Algunos iban de buena gana, otros eran más reticentes. Eso era lo de menos. Lo importante era que todos acababan detrás. Y él les enseñaba lo grande que podía ser una pesadilla. Y cuántas de ellas tenía guardadas allí.

Los niños iban muy bien, porque normalmente no morían en aquel trance al que Malvin los sometía. A él la muerte le era indiferente, pero cuando trabajaba con adultos y la sangre lo salpicaba todo siempre aparecía gente a la que todo aquello le molestaba y acababa teniendo que huir. Y eso era algo que no le gustaba.

Malvin recordó su vida humana una y otra vez, en bucle, durante mucho tiempo. Hasta que cuarenta años, siete meses y dos días después de entrar en la heladería y echar el cierre recibió un mensaje en su anticuado Nokia 3110.

El primer mensaje.

Con manos inexpertas pero metódicas desbloqueó el teléfono tal como aquel tipo le había enseñado, y en ese preciso momento llegó un segundo mensaje.

—Al parecer, ahora tenemos prisa —dijo mientras sonaba un tercer pitido.

Comprobó que todos los mensajes llegaban desde un número oculto.

Y todos decían lo mismo.

«negorith».

Malvin sonrió a la heladería desierta. Era la primera vez que sonreía en su vida. Nunca antes lo había hecho. Ni siquiera había sabido lo que era sonreír. Su espera se había acabado, y eso lo hacía feliz. El móvil siguió pitando de forma obstinada y el buzón se fue llenando de mensajes con esa única palabra.

—Magnífica noticia, sin duda. —Malvin seguía sonriendo, mostrando la primera hilera de dientes podridos y afilados que poblaban su boca imposible.

Era ese momento. El instante anhelado. La hora de asumir el riesgo. Romper el armisticio. ¿El papelucho del demonio? ¡Papel mojado! Si venía a por él con intención de arrastrarlo a la dimensión de los demonios, se iba a llevar una sorpresa. O mejor, muchas. Porque se disponía a levantar el veto a los pequeños de forma inmediata y unilateral. Crearía tantos como le viniera en gana. Y después tenía previsto comerse el mundo entero con ellos. Y ningún demonio lo iba a impedir.

Se levantó y comenzó a bailotear por la tienda mientras cantaba una tonadilla monótona y repetitiva:

Oh, Alicia.

Oh, dulce Alicia.

No tiene malicia.

Quiere cogerte de la mano y saltar...

Se puso la bufanda de lana, el sombrero de copa y el abrigo que llevaban cuarenta años colgados en el perchero y estaban tan llenos de polvo como él. Subió la persiana metálica de la tienda, que gruñó oxidada por la falta de costumbre, y dejó entrar la luz del sol, que bañó la polvorienta estancia.

Miró su reflejo en un espejo viejo y deslucido que tenía encima de una pila de cajas de golosinas caducadas y, tras sacudirse el polvo que lo cubría, habló con voz decidida a su reflejo:

—Caballero, es hora de abandonar la soledad. Vamos a hacer nuevos amigos. —Se ajustó la bufanda alrededor del cuello como si de una corbata se tratara, dio media vuelta y señaló la puerta de la heladería con el bastón.

Un chico de once años llamado Daniel que acababa de salir de su clase de inglés avanzado y que en ese momento pasaba por delante de la puerta del local sintió el irrefrenable impulso de comerse un helado. No tenía dinero. Hacía frío y le dolía la garganta. Pero aquella sensación era incontestable. Antes de darse cuenta de lo que hacía, ya estaba abriendo la puerta.